

para despojar hasta cadáveres. La Revolución había trabajado para ellos, los curas nobles simpatizaron con Jourdan, con Rovere.

Jourdan murió en la guillotina. Rovere permaneció mudo en la Montaña sentado entre los dantonistas á quienes deshonraba y estos fueron quienes los denunciaron.

Aun entre los robespierristas, que alardeaban de austera moralidad, se observó la rápida fortuna acumulada por el impresor Nicolás, obrero en el 92 y dueño en el 93 de una riquísima imprenta, quien sobre trabajos del tribunal solamente había ganado cien mil francos.

Dubois-Grancé escribió en Abril desde Rennes que su papel de *vigilantes y censores de los funcionarios* no les permitía ser *funcionarios* y no sabían entre cual de los cargos optar.

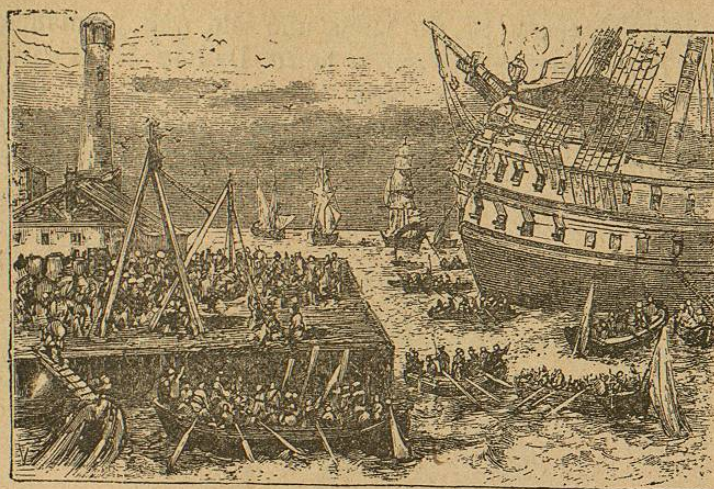
Esto introdujo en las funciones una honda perturbación.

Muchos comités toleraban la especulación y el agiotaje ejercido por sus propios miembros, adquirentes, vendedores, traficantes de bienes nacionales, enriqueciéndose «por la salud de la patria.»

Cuando despertó la Revolución observó que por encima de las ideas se agitaban los intereses de los avaros, de los egoístas; de los enemigos de la patria.

Se les llamó á estos agiotistas *bandas negras*.

Sí, eran insectos que iban devorando el gigante inmenso de la patria.



CAPITULO III

Lavoisier. — La química. — Las costumbres en el 94

¿Podíase en un día curar un mal de mil años?—Estancamiento, abandono, desprecio de la vida.—Potencia, actividad de las mujeres.—Rápidas transformaciones.—El advenimiento de la química.—Muerte del inventor.—Ferocidad libertina del antiguo régimen, continuada bajo la República.

Aproximemos las dos siguientes frases:

Un constitucional pronunciaba estas amargas y escépticas palabras:

«Ahora que hemos hecho leyes para una nación nos falta hacer una nación para estas leyes.»

Y un convencional decía: «Si llegamos á decretar la Educación habremos vivido mucho.»

Decretar la educación era obra difícilísima para comenzada.

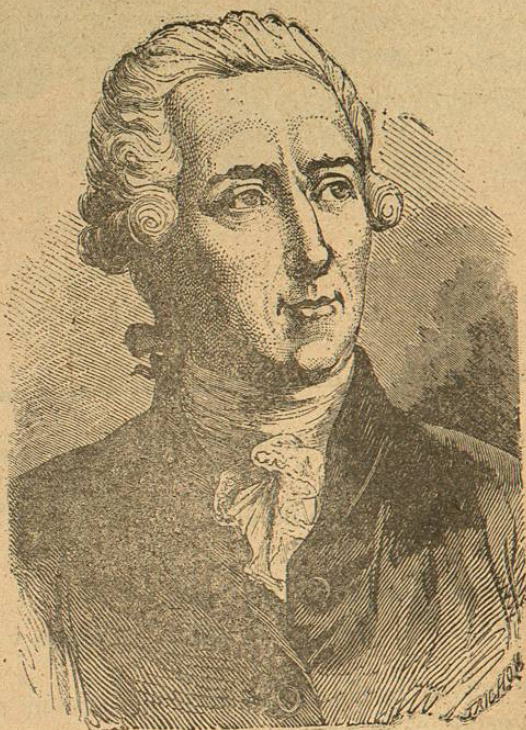
Mil años de educación antihumana, enseñando sistemáticamente la degradación del hombre, mostrando como principios de virtud la perfecta resignación del salvaje, es decir, la aceptación del estado de embrutecimiento de una sociedad, era obra terriblemente difícil que la Revolución debía destruir.

Era necesario inventar un remedio poderoso para curar de un solo golpe.

Muchos tenían el sentimiento de que era imposible curar tan grave y crónica enfermedad y arrojábanse en la desesperada idea de una terrible depuración, absoluta, universal.

Aparecía también una dificultad. ¿Podía ser individual esta depuración? ¿Eliminando este ó el otro individuo se realizaba la depuración?

¿El mal existía en todos? Sí, no había uno solo que permaneciera inmaculado. Robespierre creyó que al morir Danton había desaparecido todo. Error. El mismo era materia de proscripción. En Robespierre había un cura, como en Saint-Just un tirano. Hacía falta un Robespierre para proscribir á Robespierre, el Robespierre impuro, enfermo, vengativo, hipócrita.



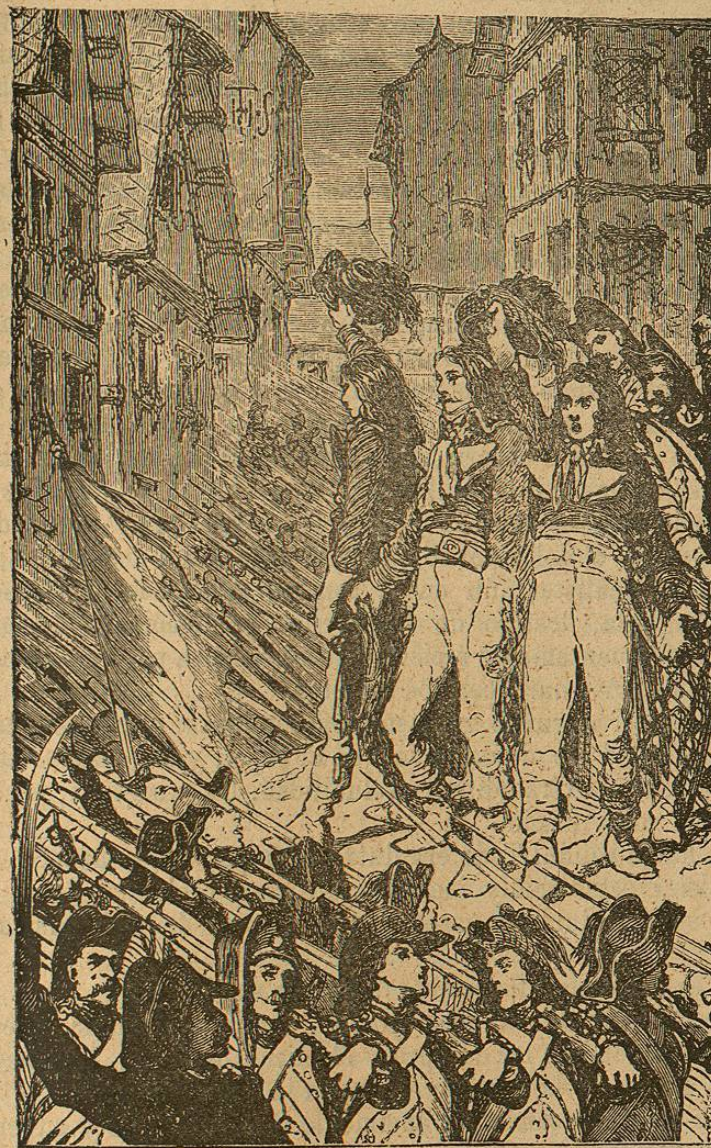
LAVOISIER

La mayor parte, aún sin darse cuenta, sentían instintivamente, confusamente, que cuanto se hacía no servía para nada. Los esfuerzos del Terror, el derramamiento de sangre fué inútil y de aquí surgió un gran descorazonamiento, una especie de cólera moral.

Herido precisamente el nervio moral, sobrevienen acontecimientos que revelaban estados especiales del alma. Unos quieren vivir á toda costa y otros de fastidio, de cansancio, deseaban morir ó por lo menos no huían de la muerte.

Se observó esto principalmente en Lión. La frecuencia de las ejecuciones divertía á los espectadores. «¿Qué haré hoy para ser guillotinado?» preguntábase alguno. Uno de los condenados, que leía cuando se le llamó, continuó leyendo hasta que llegó al patíbulo y allí

puso la señal en el libro. Cinco prisioneros, en París, escapáronse á los gendarmes. Querían solamente ver aún una función en el Vaudeville.



Los representantes de la Asamblea nacional en el ejército.

Uno compareció después ante el tribunal: «¿Dónde están los gendarmes? —preguntó.—¿Podeis decirme donde están los gendarmes?» Lo más grave ocurrió en la Asamblea.

Un hombre que quería matar á Robespierre ó á Collot d'Herbois

fué á la Asamblea en la cual Barere contaba no se que historia de Madagascar. El hombre se durmió profundamente.

Este esfuerzo contra la naturaleza no podía continuar. La Naturaleza, la poderosa Naturaleza que en ningún sitio germina tanto como en las tumbas, reaparecía victoriosa, adoptando mil formas inesperadas. La guerra, el Terror, la muerte cuando parecía ir contra ella dábale más vigor, nuevos triunfos. Las mujeres jamás fueron tan fuertes. Se multiplicaban removiéndolo todo. Las atrocidades de la ley hacían legítimas las debilidades de la hermosura. Y decían ellas consolando al prisionero: «Si hoy no aprovecho, mañana ya será tarde.» Estar embarazadas era para ellas la probabilidad de vivir.

Repetíase sin cesar una palabra como eje de todo el pensamiento de la época: «¡La Naturaleza, la Naturaleza! ¡Entreguémonos á la Naturaleza!» No quedaba respeto alguno humano. El cautiverio era entonces el libertinaje completo. Hombres y mujeres, serios y graves, lanzábanse en el torbellino de la muerte. Su recreo favorito era el ensayo de lo que iba á ocurrir, del drama supremo, de las gracias que debían desplegarse en la guillotina. Estas lúgubres parodias daban por resultado audaces exhibiciones de la belleza, como queriendo despertar la pasión, el dolor por lo que la muerte iba á destruir. Si hemos de creer á un realista, aún en la sombra mismo de la Conserjería, trágica y sagrada, testigo de las civiles predicaciones de madama Roland, vió frecuentemente á ciertas horas escenas poco edificantes. La noche y la muerte guardaban los secretos.

Así como el asignado no inspiraba confianza, el hombre tampoco tenía la seguridad de durar más que el papel, y los lazos rompíanse bruscamente, con extraordinaria volubilidad. La existencia, por decirlo así, se había volubilizado.

Nada había sólido. Todo era fluído, gas que se desvanecía.

Lavoisier estableció y demostró un gran problema de la ciencia moderna: sólido, fluído y gaseoso, tres formas de una misma substancia.

¿Qué es el hombre físicamente? Un gas solidificado.

El descubridor de esta idea grande, terrible, fecunda, que suprimía la inmortalidad de los cuerpos y el juicio postrero, Lavoisier, era el espíritu mismo de la Revolución contra la edad media.

El fué quien, pasando por encima de los escrúpulos y supersticiones locales, removié las tumbas y extrajo cadáveres.

¿Qué revolución tan grande introdujo Lavoisier en el fondo mismo de la composición de los seres! ¡El parecía el rival de la naturaleza!

Su ciencia comenzaba entonces á hacer milagros. Así de fecunda en aplicaciones como sublime en sus principios, ella proporcionaba medios para la patria. No solo hizo una ciencia Lavoisier, sino que engendró un pueblo. Una inmensa pléyade de químicos, lo llenaban odo con su actividad. Por todas partes veíanse las calderas para fundir

el salitre. Se organiza una gran fiesta, la fiesta de la química. «Hace falta un trono para sentar al creador.» Si, sobre la fatal carreta en la plaza de la Revolución.

Comienza la marcha declarada de una nueva época, que por medio de juicios, proscripciones, batallas, hombres, en un año, del 94 al 95, lo disolvió todo, lo descompuso todo, dando reposo á la naturaleza revuelta, á esta enorme masa viviente de millones de hombres.

En toda esta época triste y sombría los hombres experimentan el placer de la destrucción. Destruyen y crean. Destruyendo parece que sientan á Dios. Muéstrase la Naturaleza estéril y parece que se pidan alegrías á la muerte, al dolor. Eran los placeres de un pueblo siervo, sin fuerza moral, sin esperanza de mejoramiento. Los placeres de los amos de este pueblo se reducían al ultraje.

Reaparecían los tiránicos tiempos del feudalismo. La tiranía ilimitada de los grandes, de los nobles sobre los siervos: los vasallos del siglo XVIII.

Los placeres eran idénticos. La servidumbre del siglo de la Revolución mandada por los tiranos que ésta elevó, moría sonriente, recordando tiempos pasados de voluntarias inmolaciones. Eran miserables generaciones que heredaban los vicios, la atrofia de un mundo muerto, sin corazón, sin imaginación, insensible. Aún quedaba un heredero de los Condé. Mr. de Sade, de la noble familia de Avignon, quien hizo lo mismo que si viviera en pleno siglo XV. Tantas atrocidades cometió que dió con su cuerpo en la cárcel, en la Bastilla. Sus amigos lograron sacarle, y en el 93 aún logró obtener consideraciones. No se sabía de él, ó por lo menos no se recordaba más que había estado en la cárcel bajo el antiguo régimen. «¿Queréis ser secretario?» Por toda respuesta cogió la pluma.

Nuestro hombre calculó que no le convenía significarse mucho, en razón á sus precedentes y adoptó el papel de filántropo, y practicó visitas á los hospitales.

Cuando se trató de crear el ejército revolucionario apadrinó esta cuestión popular y llegó á nombrársele con grande entusiasmo presidente de la sección.

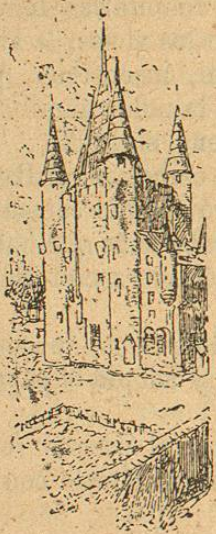
Esto irradió sobre él demasiada luz.

Hacia fines del 93 la Comuna intentó secundar el nuevo culto de la depuración moral, declarando la guerra á las prostitutas, á los libertinos, á los libros pornográficos, y Sade fué declarado sospechoso, por lo cual se le detuvo. Ya en la cárcel hízose el enfermo y obtuvo que se le trasladara á una casa de salud de donde lo sacó el 9 de Thermidor.

Tenía entonces cincuenta años y podía decirse que era el profesor del crimen. Enseñaba con la autoridad de sus años y de sus elegantes formas, que la naturaleza es indiferente al bien y al mal, que la naturaleza no es más que una sucesión de crímenes y que el mundo, en suma, no es más que un gran crimen.

Las sociedades mueren por cosas monstruosas. La Edad Media muere por un Gilles de Retz, el célebre asesino de niños: el antiguo régimen por Sade, el apóstol de los asesinatos.

Terrible situación de una república naciente que en el inmenso caos del mundo estaba suspendida por estos espantosos reptiles.



LIBRO XVI

CAPITULO PRIMERO

Disentimiento de Robespierre y Saint-Just (10 Abril)

La depuración por la dictadura.—Saint-Just quiere emplear el Terror.—Decreto mixto del 16 de Abril.—Soledad de Saint-Just.

Al describirse el fondo inmoral de los acontecimientos, de la situación, del estado de la sociedad, juntáronse en torno de Saint-Just muchas fuerzas que confiaban en sus dotes de energía para la depuración.

Saint-Just creyó que Robespierre era el hombre necesario. Veía en él al único hombre de la Revolución que la había vivido durante cinco años que parecían cinco siglos. Saint-Just encontró á la nación muy separada del ideal republicano y la juzgó incapaz de gobernarse ella por sí mismo, y por lo tanto se aterró á la idea de un dictador moral. Un solo hombre era capaz de desempeñar este papel, y este hombre era Robespierre.

Ahora quizás se suponga que entre ellos había unidad de criterio, y nada es más inexacto.

Aunque Saint-Just perteneciera por el corazón y por las ideas á